

UN TESORO ESCONDIDO: LA REGULA BENEDICTI*

En el Prólogo a la primera edición de mi comentario a la *RB* escribí: “El mensaje de san Benito para el mundo de hoy es obvio, salta a la vista”¹. Fui censurado por haberlo afirmado. Es indudable: las palabras de Benito no son difíciles de entender, si bien acostumbra a formular breves sentencias, de gran densidad. Domina las reglas de la retórica², sin embargo su lenguaje es sobrio y reservado, dado que está puesto al servicio de la profundidad del pensamiento. En ocasiones esconde entre líneas lo que quiere expresar. Presupone que sus lectores no sólo reconocerán las citas bíblicas explícitas, sino que incluso identificarán las implícitas o aun las meras alusiones. El estilo denso y condensado de la *Regla* oculta un tanto su riqueza, lo que hace indispensable un previo trabajo de desbrozado. En lo que sigue quisiera detenerme en ciertos temas correlacionados con interrogantes que nuestra época plantea.

La pregunta por Dios en la actualidad

Al leer la *Regla* cuando novicio, me preguntaba: “¿Por qué será que Benito insiste tanto en el *temor de Dios*?”³. Son veinte las veces que habla de

¹ Conferencia dada por el autor, abad emérito del monasterio de Einsiedeln (Suiza) en el Colegio de San Anselmo, Roma, en enero de 2007, con ocasión de su 80º cumpleaños. Fue publicada en *Erbe und Auftrag* (2007) 412-427. Y publicada en inglés en *American Benedictine Review* 60:2 (2009) 168-182. Traducción del inglés de Pedro Max Alexander, OSB, monje del Monasterio Santa María de Los Toldos. El abad Jorge falleció recientemente: el 26 de febrero de 2012.

¹ Georg HOLZHERR, *Die Benediktsregel. Eine Anleitung zu christlichem Leben*, Zürich 1980.

² Cf. Gloria Maria WIDHALM, *Die rhetorischen Elemente in der Regula Benedicti* en RBS S 2, Hildesheim 1977; André BORIAS, *L'inclusion dans la Règle bénédictine*, en: RB en 92 (1982) 266-303; *Idem.*, *Le chiasme dans la Règle bénédictine*, en: RB en 95 (1985) 25-38; Aquinata BÖCKMANN, *Literarische Analyse anhand charakteristischer Texte der Regel Benedikts. - Ein Zugang zur Person des Autors?*, en: RBS 19 (1997) 183-215.

³ Terrence KARDONG, *The biblical Roots of Benedict's Teaching on Fear of the Lord*, en: Tjurunga 43 (1992) 25-50.

él, utilizando distintas expresiones; con todo esto, ¿qué rostro adquiere su espiritualidad? Recién años más tarde caí en la cuenta de que el Santo aludía, con dicho concepto, a un grave problema de palpitante actualidad. Los hombres viven en la actualidad *ac si Deus non daretur*. Ciertamente, los jugadores de fútbol se persignan en nuestros estadios, cosa hasta hace poco tiempo inimaginable. ¡Pero no nos engañemos! Muchas veces tales gestos contienen no poco de mágico. Hablamos hoy de un “retorno de la religión”, pero de acuerdo con Jürgen Habermas, estamos ante una “religión secular”. Puede que en algunos de los comportamientos, influenciados por la moda, lata una escondida nostalgia en búsqueda de una religiosidad auténtica, pero, sin embargo, alérgica a todo compromiso. A pesar de la afirmación hecha por muchos, de creer en un Ser supremo, en la práctica todos se rigen por un ateísmo práctico. Dios ha quedado en el olvido⁴.

Benito, por el contrario, escribe: *el primer grado de humildad consiste en que uno tenga siempre delante de los ojos el temor de Dios, y nunca lo olvide* (7,10). Estas palabras nos permiten descubrir que la carencia del temor de Dios [*timor Dei*] y el olvido de Dios [*oblivio Dei*] están interrelacionados.

“Caer en el olvido” se ha convertido prácticamente en norma en nuestros días, ya que, al menos en Occidente, la fe parece haberse evaporado. Uno de mis compañeros de la escuela secundaria, buen médico, ahora ya jubilado, me dijo que creía-en-un-dios, y en todo caso, no en un Dios personal, sino impersonal. Tal vez quiso decir: en un ser supremo supra-personal. Uno de los obispos suizos sostiene que la opinión más difundida actualmente entre nosotros es la del deísmo.

Nuestros conocimientos del macro y del microcosmos han aumentado considerablemente⁵. El Dios creador resulta ser muchísimo mayor de lo

⁴ Las Experiencias cumbre [*peak experiences*] pueden ser importantes, pero aun cuando resulten, no dan derecho a la euforia. No se trata de propinarles un reproche, ocurre que en muchas ocasiones no ejercen influencia alguna sobre la vida de los individuos ni tampoco en la de las comunidades. Cf. Karl SCHLEMMER, *Pastoral und Liturgie im säkularen Umfeld*, en: SKZ 49 (2006) 815-819 (con bibliografía).

⁵ En muchas personas, los descubrimientos modernos produjeron un sacudón en las creencias de su niñez. En el mejor de los casos, les conceden a los relatos del *Génesis* una riqueza teológica, poética y antropológica, encantados con la imagen de un Dios creador que cada atardecer sale al encuentro de Adán y Eva (*Gn* 3,8). Pero tanto la escuela como los medios propagan la idea de la evolución de las especies. El concepto de un universo que desde hace 14 mil millones de años se encuentra en constante expansión se ha convertido en patrimonio común. La galaxia a la que pertenece nuestro sistema solar, cuenta con 100 mil millones de estrellas que surgieron, y surgen, a partir del “big bang”, con el cual comenzaron la materia, el tiempo

imaginado; pero, simultáneamente, para muchos, Dios ha enmudecido, mudándose a una inalcanzable lejanía, y, correlativamente, los seres humanos se han quedado sin palabras que dirigirle. Una pizca de religión, algo de folclore religioso, otro poco de magia y de esoterismo –esa es la moda y lo que funciona!–; pero ponerse confiada y personalmente en manos de Dios o exponerle mediante la oración dificultades presentes y/o los ignotos problemas futuros, ¿qué sentido tendría? Al fin y al cabo, disponemos de los progresos de la medicina, sin hablar de que estamos adecuadamente asegurados.

Un Dios tan circunscrito y empequeñecido no es ninguna novedad. Ciertamente en tiempos de Benito nadie negaba la existencia de Dios. Sin embargo el P. Adalbert de Vogüé llega a la conclusión, en un estudio dedicado a los contemporáneos literarios de Benito⁶, que en aquellos textos la fe tenía bien poco que hacer. Es cierto que en los niveles más altos de la sociedad las desgracias eran tenidas por castigo de Dios, como respuesta a falencias morales. Pero todo esto se encuentra alejadísimo de la fe del Evangelio. En amplios círculos de aquellos tiempos tropezamos con supersticiones que se deleitaban en olfatear demonios y contabilizar milagros por todas partes. Vogüé mostró, no hace mucho, que la creencia milagrera estaba ampliamente difundida en aquellos ambientes eclesiales. Encontramos innumerables ejemplos de ello en Gregorio de Tours⁷ como también en los *Diálogos* y en las cartas⁸ de Gregorio el Grande. Esta preferencia por lo milagrero –*le goût du merveilleux*⁹, es la expresión usada por de Vogüé–, salta a la vista para cualquiera que lea dichos textos.

y el espacio. Nuestros conocimientos del microcosmos también han crecido enormemente, comprendiendo tanto los elementos fundamentales de la vida como todo el abigarrado universo sub-atómico... Sabemos hoy muchísimo más que hace apenas unos decenios atrás, pero con idéntico ritmo aumentaron los problemas (Cf. Martin REES, *Das Rätsel unseres Universums: hatte Gott eine Wahl?*, Munich 2003).

⁶ Adalbert de VOGÜÉ, *La foi et le monde au temps de saint Benoît. Le Maître, Eugippe et Saint Benoît*, (RBS S 17). Hildesheim 1984, 455-467; *Idem.*, *Un contemporain de S. Benoît regarde les moines. Le témoignage de Procope. Études sur la Règle de S. Benoît*, en: *VieMon* 34 (1996) 125-146.

⁷ Adalbert de VOGÜÉ, *Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité*, T. X. Paris 2006, 11-58; 115-197.

⁸ La referencia no deja de tener importancia, dado que los numerosos milagros de los *Diálogos* despertaron la sospecha, en más de un investigador, de que no habrían salido de la pluma de Gregorio Magno. Sin embargo es dable observar la misma recurrencia en la carta del papa, cuya profunda fe sólo era compartida superficialmente por la sociedad de su tiempo.

⁹ *Ibid.*, 133.

En el vocabulario de la *Regla* encontramos un sorprendente número de conceptos referentes a una concienzuda actitud ante Dios. El concepto de “conciencia”, tan usual en nuestros tiempos, es utilizado una única vez por Benito, pero su contenido emerge con toda nitidez en el uso de otros vocablos: *cogitare, considerare, custodire, discernere, meminisse, iudicare*. Cada una de estas palabras es usada diez o más veces, y la palabra *scire*, “saber”, hasta treinta veces¹⁰.

Si bien usando un vocabulario distinto del que nos es habitual, Benito proclama un mensaje actualísimo: “huir total y absolutamente de vivir frívola y aturdidamente”, es decir, “no olvidando a Dios” (*RB* 7,10). Benito es, sin duda, una persona apegada a los principios, pero sin exageraciones. No creo, por tanto, que exija estar pensando continua y explícitamente en Dios. El pensar en Dios debe, más bien, permear la vida entera, a la manera en que uno sazona sabrosa y adecuadamente todos los alimentos, pero sin arruinarlos al sobre-salpimentarlos.

La casa de Dios

¿Cómo hace Benito para llevar a la vida su propósito de mantener una permanente *memoria Dei*? Su respuesta estriba en la erección de una casa de Dios (*domus Dei*)¹¹: en ella Dios es el verdadero amo y señor, todo le está referido, llenándolo todo con su presencia. Es característico en el abad de Montecasino el disponerlo todo en vistas a la omnipresencia de Dios, incluyendo tanto la organización externa como la administración del monasterio. El mayordomo debe ser una persona “temerosa de Dios” (31,2), preocupado por todos y cada uno de los hermanos, incluidas las necesidades de cada uno de ellos para *que así nadie se perturbe ni aflija en la casa de Dios* (31,19). Esta manera de ver las cosas no sólo se aplica a las personas, sino aun a las cosas. *Considerare todos los utensilios y bienes del monasterio como si fuesen vasos sagrados del altar*. Es probable que tengamos aquí una alusión a *Zacarías* (14,20)¹². Para el profeta, con la llegada del Reino de Dios el Señor en persona regirá como amo y señor en Jerusalén. En aquel momento hasta los utensilios más cotidianos serán cosas santas. De manera similar, el monasterio es “casa de Dios”.

¹⁰ P. MIQUEL, *Nepsis: Watchfulness*, en: *Hallel* 26 (2001) 31-37.

¹¹ Cf. Terrence KARDONG, *House of God in Benedict's Rule*, en: *Tjurunga* 2003 (65) 38-45.

¹² *Aquel día, los cascabeles de los caballos llevarán esta inscripción: “santificado para el Señor”; y las ollas de la Casa del Señor serán como recipientes para realizar ofrendas ante el altar.*

No es raro en nuestros días parangonar al abad con un ejecutivo [*manager*]; y se llena de elogios a la *Regla* por proporcionar sabios consejos, aplicables aun hoy en día en la administración, cuando, por ejemplo, se intenta lograr un buen entendimiento entre directivos y empleados, en vistas a una economía sustentable y funcional¹³. Sin embargo si tal parangón se limita a una dimensión meramente horizontal, no corresponde al sentido auténtico de la *Regla*. Para san Benito Dios está presente y activo en su casa como Aquel en el que *vivimos, nos movemos y existimos* (*Hch* 17,28); por tanto, no como un Dios abstracto o lejano, sino como el auténtico dueño de casa que se hace cargo de ella. Esta visión de fe tiene sus consecuencias tanto en la recepción de los huéspedes –*la casa de Dios sea sabiamente administrada por personas sabias* (53,22)–, como también en la elección del abad: *establezcan para la casa de Dios un administrador digno* (64,5).

Nada más alejado de las intenciones de Benito que la pretensión de componer una exhaustiva disertación teológica. En su *mínima regla de iniciación* (73,8) habla sin tapujos sobre aquellos puntos que le son esenciales para su “concepto-guía” [*Grundbegriff*] del *temor de Dios*. “No olvidar a Dios”. ¿Qué es lo que aconseja Benito ante el ateísmo práctico de su tiempo, y del nuestro? Exhorta a sus discípulos a celebrar el *opus Dei*, al que concede absoluta preeminencia y del que hace depender el desarrollo del ritmo de cada jornada¹⁴. En la rítmica periodicidad de los tiempos de oración invita a los monjes a *ofrecer alabanzas a nuestro Creador* (16,5). Cuando los monjes de Benito, siguiendo el curso del sol, celebraban las alabanzas divinas por la noche, en la mañana, durante el día y al finalizarlo, se situaban, mucho más que el hombre moderno, en un horizonte cósmico que invitaba a alabar al Creador¹⁵. Y sin embargo, al menos así me parece, nosotros tenemos muchos más motivos para inclinarnos todavía más profundamente ante el Creador, ya que conocemos la actividad creadora de Dios más comprehensivamente que los contemporáneos de Benito. Empezamos a barruntar que Dios ha creado un universo que en todas sus dimensiones supera ampliamente nuestras ideas y conceptos. Los expertos en las ciencias naturales constatan con asombro una multiplicidad de signos que muestran que el universo parece desti-

¹³ Respecto a las “obvias” respuestas que la *Regla* puede dar a cuestiones actuales, cf., entre otros, sobre todo: Ludmila GRYGIEL, *San Benedetto, il primo Europeo*, Siena 2004.

¹⁴ Cf. D. OGLIARI, “*Tempus monasticum*”. *Riflessioni sull'architettura del tempo nella Regola di san Benedetto*, en: *La Scala* 60 (2006) 115-120.165-170.215-221.254-257; Chantal ROOSZ, *El Salmo 118 y la Regla de san Benito*, en: *Cuadernos monásticos* 41 (2006) 334.

¹⁵ Acerca de los más recientes y sorprendentes descubrimientos de la astronomía, cf., sobre todo: Lars LINDBERG CHRISTENSEN - Robert A. E. FOSBURY, *Hubble: 15 Jahre auf Entdeckungsreise* (con DVD), Munich 2006.

nado a desembocar en el ser humano, predestinado a hacer posible el desarrollo de la vida humana sobre el planeta “Tierra”. Están comenzando a hablar de un “multiverso”, de la posibilidad de otros universos, aun antes del “big bang”, o más allá del tiempo y el espacio de nuestro universo: *Deus, per omnia saecula saeculorum*.

Dios presente en su Palabra

Para poner de manifiesto la presencia viviente de Dios en el “coro de los hermanos que están salmodiando” (43,11), cita Benito, después de la exhortación *tengamos siempre presentes las palabras del profeta* [David] (19,3), el verso introductorio del Salmo 137: *en presencia de los ángeles salmodiaré para ti* (19,5). Los ángeles son los asistentes ante el trono de Dios y sus mensajeros para el mundo de los seres humanos. Las analogías entre las partículas subatómicas de la moderna física y los ángeles de la teología son sorprendentes ¡Nunca antes hubo motivos tan impresionantes que nos impulsaran a “tributar alabanzas a nuestro Creador”!

Con el inaudito aumento de los conocimientos y la multiplicidad de las posibilidades en todos los ámbitos, aumenta igualmente el peligro de la dispersión. Una ayuda eficaz para *pensar continuamente* [en] *todo lo que Dios ha mandado* (7,11), es la *lectio divina*; Benito prevé para ella más tiempo que los redactores de otras reglas, aunque no nos proporcione ningún tratado acerca de la “*lectio divina* como lectura o escucha orante de la Palabra”¹⁶. La *Regla* la prescribe no sólo para “determinados tiempos” (48,1), transparentando que él, su autor, fue el primero en practicarla¹⁷. La gran familiaridad con la Sagrada Escritura que Benito logró hacer suya, le fue de gran ayuda para vivir permanentemente bajo la mirada de Dios. Un trabajo sobre la *Regla* de san Benito, publicado hace poco, muestra “cómo la luz de la Palabra se encuentra reflejada en el espejo de su espíritu”¹⁸. En conexión con los resultados de los estudios del antiguo abad de Praglia, Giorgio Giuriso, quisie-

¹⁶ Esta formulación, tan comprehensiva y abierta, se encuentra en Bruno SECUNDIN, *Lectio divina come lettura e ascolto orante della Parola*, in: *Ripartire da Cristo, Parola di Dio. Lectio Divina e vita salesiana oggi*, Roma 2005. Secundin aconseja evitar una comprensión demasiado técnica de la *lectio divina*, pero no admite que cualquier catequesis bíblica pueda ser calificada de *lectio divina*.

¹⁷ Cf. Giorgio GIURISATO, *La Regola riflette la "lectio divina" di San Benedetto*, en: *Ora et labora* 59 (2004) 97-109.

¹⁸ Cf. Giorgio GIURISATO, *La Bibbia di Benedetto*, en: *Ora et labora* 61 (2006) n. 3, 118-127. 177-190, la cita en p. 119.

ra referirme a dos pensamientos de Benito acerca de la relación con Dios y consigo mismo: 1. Para llegar a la “actitud adecuada ante Dios” (19,6), Benito se atiene a los *libros de autoridad divina del Antiguo y Nuevo Testamento* y a las explicaciones *de los santos Padres católicos* (9,8; 73,4); a diferencia del Maestro evita los escritos apócrifos. Busca una dirección de vida, que sin la menor sombra de duda, provenga de Dios. 2. Para Benito, la Escritura es además una *rectísima norma de vida humana* (73,3). La presencia de Dios, que en la Biblia se nos manifiesta en Cristo, nos exhorta a *imitarlo* (7,34); El concilio Vaticano II afirma en su Constitución Pastoral: “El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad humana” (GS 41). La Escritura, cuyo centro es Jesús Salvador, el cual nos conduce a la salvación, alimenta nuestro diálogo con Dios¹⁹.

Superación de la crisis espiritual dando pasos hacia las profundidades

Después de la elección de Benedicto XVI, uno de los obispos suizos expresó la esperanza de que la primera encíclica del Papa no tocara temáticas restringidas de pastoral o de teología moral, sino alguna temática fundamental, referente a Dios. Con toda razón, ya que la Iglesia se encuentra sumergida en una crisis, algunas de cuyas causas son externas, provenientes de la sociedad y su moral, pero que también es reconducible a factores sociológicos internos, como, por ejemplo, un cierto inmovilismo o un irreflexivo impulso progresista. Pero, sin embargo, la causa más profunda es causada por una crisis de espiritualidad, o, más precisamente la “crisis-Dios” que se refleja en una actitud de ateísmo práctico. El Dios que la sociedad se había dado, ha entrado en crisis. La imagen de Dios que los seres humanos se han ido fabricando, a pesar de todas las prohibiciones (cf. *Ex* 20,4; 32,1-8; 34,17; *Lv* 19,4; *Dt* 27,15), cae hoy hecha trizas. La Iglesia no debe únicamente concentrarse en sus propios problemas, en perjuicio del problema central; debe dejarse conducir por el Espíritu a *las profundidades de Dios* (*1Co*, 2,10). El papa Benedicto XVI, en su encíclica, da plenamente en el blanco nuclear de esta crisis, formulando cuestiones decisivas: ¿Quién es Dios? ¿Quiénes somos nosotros? (nº 2)²⁰. Acerca de lo más profundo de la imagen de Dios, tal como

¹⁹ También la Constitución *Dei Verbum* afirma: que la Biblia contiene la verdad revelada “para nuestra salvación” (DV 11), por ese motivo es “fuente pura e imperecedera de vida espiritual” (DV 21), alimentando nuestra “conversación” con Dios (DV 2. 8. 21 y 25).

²⁰ En el lenguaje de la revelación divina describe la encíclica la imagen cristiana de Dios del siguiente modo: *El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas –el*

nos la revela la Escritura, dice el papa: “La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo²¹, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito” (nº. 12). Si apartándonos del papa Benedicto nos acercamos a la *Regla* de Benito, nos topamos con expresiones programáticas, como: *servir a Cristo, el verdadero rey* (Prol. 3), o *una escuela del servicio divino* (Prol. 45).

La *Regla* no ofrece especulaciones teóricas sobre Cristo; y, sin embargo, el nombre de Cristo es citado explícitamente más de veinte veces en ella. Su título cumbre, *dominus*, es usado unas sesenta veces, a lo que hay que agregar el uso del adjetivo derivado, *dominicus*, otras veinte veces. Y eso no es todo. El abad Christian Schütz denomina a toda la *Regla* —y con todo derecho!— una “Cristo-Regla” [*Christus-Regel*]²². No sólo en unos pocos versículos, sino en toda la *Regla*, de cabo a rabo, se va entretejiendo todo un entramado de “zonas-crísticas” [*Christus-Stellen*], que en parte están como escondidas. Desde un punto de vista “lógico-espiritual”, Cristo mismo es “mostrado como autor” de nuestra *Regla*.

Los puntos más destacados visualizados por Schütz, son:

1. Cristo está, en muchos casos, y al menos implícitamente, detrás de todas las fuentes y autoridades aducidas por la *Regla*.
2. Cristo en persona es el Maestro que enseña en su “escuela”, aunque sean otros los que hablen en su nombre (5,13).
3. El Cristo de la *Regla* es el “*Christus praesens*”, el Cristo viviente, que sufrió y vive glorificado. Gracias al Espíritu Santo se hace presente en el día a día del monje: *si hoy escuchan su voz* (Prol. 10).
4. La cotidianidad del monje y su relación con el prójimo están embebidas en Cristo. Si el monje sigue el camino del Señor, eso se pone de manifiesto tanto ante Dios como ante el prójimo.

Las palabras de Benedicto XVI, arriba citadas²³ pueden ser aplicadas

Logos, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor (nº 10).

²¹ Ninguno de los capítulos de la *Regla* incluye el nombre de Cristo en su título.

²² Cf. Christian SCHÜTZ, *Grundsätze*, en: Michaela PUZICHA, *Kommentar zur Benediktusregel*, St. Ottilien 2002, 18-20; Christian SCHÜTZ, “*Christus - der Herr*” in *der Benediktusregel*, en: *Lebendiges Kloster*. Homenaje en honor del abad Georg Holzherr, editores: Magnus LÖHRER y Markus STEINER. Friburgo (Suiza) 1997, 125-145.

²³ Encíclica *Deus caritas est*, nº 12.

al cristocentrismo de la RB²⁴: “¡La figura de Cristo le da” a la *Regla* y a la vida monástica “carne y sangre: un realismo inaudito!”. Esta es la alternativa cristiana ante el olvido de Dios y ante el ateísmo práctico que reina desde hace un tiempo en el mundo Occidental, llevando con harta frecuencia a sentimientos de pánico y desorientación.

La pasión de Dios en Jesús

Si Jesús ocupa el centro de nuestros pensamientos, se abre ante nosotros un camino que nos posibilita escapar de las angustias y apremios provocados por los problemas suscitados por la teodicea; problemática que ya inquietaba a Job y a Lactancio. ¿Cómo es posible que un Dios todopoderoso e inigualablemente bueno haya creado un mundo tan defectuoso? ¿Cómo puede quedarse callado ante los alaridos de los pobres? ¿Cómo pudo hacer oídos sordos a las incesantes súplicas y oraciones de los judíos del gueto de Varsovia? ¿Cómo puede permitir semejantes catástrofes naturales y tantas horripilantes barbaridades perpetradas por los humanos? Pensar, en todos estos casos, que se trata de castigos divinos, o bien que estamos ante una cierta pedagogía divina, que desconocemos, es una respuesta del todo insuficiente, si bien escuchar planteos semejantes no es infrecuente. Y, además, pueden llegar a provocar grandes dudas o despertar falsos sentimientos de culpa que llevan a preguntas del tipo: ¿por qué me castiga Dios? Tales dudas pueden llevar a que una persona excluya a Dios de su vida y hasta a perder la fe. Esta situación es de las más graves entre las que en la actualidad afectan los procesos de fe.

Y, con todo poseemos una respuesta de Dios para nuestros interrogantes: la *kenosis* de Cristo, que *se anonadó haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Flp 2,8)*. En Jesús, verdadero Dios y al mismo tiempo, verdadero hombre, Dios ha asumido todos los horrores y sufrimientos de la naturaleza y de la humanidad. En su Servidor sufriente Dios ha probado la muerte y, en el “*descensus ad inferos*”, el misterio del sábado santo, ha saboreado la más profunda de las humildades. Gracias a la luz de una fe acrisolada, como ésta, se disipa el miedo ante un Dios que, pudiendo ayudar, se quedó callado, al punto de parecer desinteresado.

La presencia de un Dios que siente semejante compasión/con-pasión hacia el mundo y hacia los seres humanos encuentra repetida expresión en la

²⁴Ch. SCHÜTZ, *Christus - der Herr...* (cf. nota 22): habla de una “cristología existencial”.

Regla de san Benito. En efecto, leemos en el Prólogo: *participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia* (RB, Prol. 50). [Esta perspectiva tan paulina la encontramos también en Casiano, y antes de él en Orígenes. Este último entiende el movimiento que va de la Cruz a la Resurrección y a una nueva vida en Cristo, como un movimiento que va del temor al amor: “Nos animamos a decir que cuando Jesús se abajó haciéndose obediente hasta la muerte, y hasta una muerte de cruz, reveló que su bondad es aun mayor y más divina, el más puro reflejo del amor del Padre]²⁵.

En una primera ojeada la humildad y la cruz pueden atemorizarnos, pero a la luz de la fe se transforman en un misterio de amor. Encontramos formulado esto mismo y de forma explícita en el capítulo de la humildad: *El tercer grado de humildad consiste en que uno, por amor de Dios, se someta al superior en total obediencia, imitando al Señor de quien dice el Apóstol: “Se hizo obediente hasta la muerte”* (RB 7,34). Al agregar Benito las palabras *pro Dei amore* al texto del Maestro²⁶, obtiene una inversión completa: el descenso en humildad significa ascenso (7,7). Desde el temor, el hombre se va elevando hacia el amor a Dios; a partir de meditar en un Dios que se abajó por nosotros, nos vamos elevando en el amor hacia ese Dios.

En su encíclica, el papa Benedicto reflexiona sobre este inaudito actuar de Dios, que en el Nuevo Testamento asume una forma dramática. Jesús lo revela en las parábolas del buen pastor, de la oveja perdida y la del padre que corre al encuentro de su hijo; la verdad de estas parábolas la muestra Jesús en su propia persona, en el misterio de la Cruz y san Benito se las presenta al abad como “ejemplos” (RB 27,8). El papa llega tan lejos que no sólo habla de un drama divino, sino de un volverse Dios contra sí mismo: “En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse a favor de los hombres, para darles nueva vida y salvarlos: esto es amor en su forma más radical” (nº 12)²⁷. Es necesario que nos alejemos de la

²⁵ (El texto puesto entre corchetes estaba en nota en el texto alemán pero fue incorporado al texto en la versión inglesa, modalidad que hemos seguido también nosotros). ORÍGENES, *In Joh I*, 231 (SC 120, 172f). Cf. G. HOLZHERR, *Die Benediktsregel. Eine Anleitung zu christlichem Leben*, Zürich 1980, 56. Michael CASEY, *The Journey from Fear to Love. Joan Cassian's Road Map*, en: *Prayer and Spirituality in the early Church*, eds: Pauline ALLEN y Otros. Everton Park, Queensland. T. 1, 1998, 181-195.

²⁶ Es interesante constatar que tanto el ya citado final del Prólogo como el capítulo sobre la humildad, incluido el “tercer grado”, provienen de la regla del Maestro; sin embargo Benito insertó en dicho peldaño las tres palabras *pro Dei amore* (7,34).

²⁷ Cf. E. JÜNGEL, *Caritas fide formata*, en: *IKaZ* 35 (2006) 605. Este notable teólogo luterano subraya la radicalidad de dicha formulación.

representación metafísica del Dios de los filósofos, que en la actualidad, más que en otros tiempos, asusta a las personas, dejándolos confundidos.

Invitación a la humildad

La reelaboración posconciliar de las Constituciones y Declaraciones de las Congregaciones monásticas tuvo lugar hace unos 40 años. En aquellos tiempos era frecuente subrayar la necesidad de fomentar la comunión fraterna en los monasterios; al menos en la fase inicial se evitaba toda referencia a la humildad –se la tenía por una actitud anticuada, de la que había que avergonzarse–. Y, sin embargo, la humildad, que no debe ser confundida con sentimientos de inferioridad, es una actitud cristiana básica y fundamental en relación a Dios y, al mismo tiempo, la clave que permite superar cierta actitud de temor servil. Todo el que descubre asombrado la indiscutida e indisimulada humildad de Dios, empieza a amar a ese Dios que siente y manifiesta su *ternura y compasión* (*Flp* 2,1). Benito retoma lo dicho por Juan (*1 Jn* 4,18): por la *humildad* [el monje] *llegará pronto a aquel amor de Dios que “siendo perfecto excluye todo temor”* (*RB* 7,67). La humildad no aplasta, sino que por el contrario, *por la humildad se sube* (*RB* 7,7). Únicamente por este camino el ser humano puede ir ganando confianza en Dios, que en tantos aspectos nos parece incomprensible. Dios nos libera: en el misterio de su abajamiento nos hace comprender que este mundo no es un absurdo y que mi propia persona, en su vida imperecedera, encierra un profundo sentido.

La humildad de Cristo es mencionada explícitamente en el capítulo 7; en cambio, en otros textos Benito alude calladamente a ella. Con toda seguridad, en el capítulo 33, es el anonadamiento de Cristo celebrado en el himno de Filipenses (*Flp* 2,7), el que brinda la base para la renuncia a la propiedad. Benito fundamenta dicha prohibición de la siguiente manera: *a los hermanos ni siquiera les es lícito disponer de su propio cuerpo ni tampoco seguir su propia voluntad* (*RB* 33,4). Esta alusión a la *kenosis* de Cristo es para Benito fundamentación suficiente para aquello que nosotros denominamos votos de castidad y pobreza. Tanto el autor de la *mínima regla* (73,8) y, sin duda sus primeros lectores, recordaban el misterio del que habla Pablo en la carta a los filipenses (2,5-11); es probable que conocieran a los escritores monásticos que veían en el anonadamiento de Cristo el fundamento del bautismo y, concomitantemente, de la profesión monástica.

Fuera de estos textos, no encontramos alusiones inmediatas a la humildad del Evangelio como orientación para el comportamiento monástico. Es cierto que Benito prohíbe enfáticamente la propiedad privada; pero allí donde prescribe simplicidad en el vestir, no aduce ninguna fundamentación

propia. Sin embargo adopta la línea de pensamiento de los primeros escritores monásticos; Orsizio recomendaba la pobreza con las siguientes palabras: “Nada es más duro (ó, más despojador) que la Cruz de Cristo”²⁸. Estas palabras trasuntan espiritualidad bautismal, ya que los autores monásticos explican el sentido de la pobreza monástica haciendo referencia al rito del bautismo que incluía el despojo de adornos y vestiduras. Benito prevé un rito comparable para la profesión monástica (RB 58,26). Idéntico punto de vista se reitera en el capítulo 57 de la *Regla*, que habla de los artesanos del monasterio. A diferencia de la regla del Maestro el pensamiento de Benito no se reduce a lo funcional, pensando en un trabajo productor de ganancias, sino que pone el acento en la disposición interior de humildad (la palabra se repite dos veces) y de obediencia. En esto Benito sigue a Casiano²⁹; éste cita, al exhortar a los monjes a que se liberen de intereses particulares, el primitivo himno cristiano de *Filipenses* (2,6-11) en el que se habla del anonadamiento total de Cristo en la cruz. Este himno empieza con el abajamiento de Cristo y desemboca en la alabanza de Cristo y del Padre: *toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre* (2,11). Con la misma motivación, *para que en todo sea Dios glorificado* (RB 57,9), concluye Benito el capítulo 57 sobre los artesanos en la *casa de Dios*. De esta manera mantiene su íntima convicción de que Dios va haciéndose omnipresente en la vida del monje, adoptando formas concretas como *timor Dei* (temor de Dios) y *amor Dei* (amor de Dios).

El espíritu de Dios

En una ocasión en la que el teólogo suizo Hans-Urs von Balthasar visitaba el monasterio de Einsiedeln me contó que estaba preparando una charla espiritual en vistas a una reunión de abades benedictinos franceses. Al estudiar la *Regla*, Balthasar quedó sorprendido al comprobar que Benito se desenvuelve en el ámbito de la teología joánica. El cuarto Evangelio menciona palabras de Jesús, que hablan de su íntima unidad con el Padre, Padre que posee un rostro humano, el de Jesús. La *Regla*, al ser cristocéntrica, nos conduce a la presencia de ese Padre; pero dicha dinámica, para ser descubierta, necesita ser descifrada, dado que el autor habla de manera encubierta. La *Regla* en su capítulo segundo “Cómo debe ser el abad”, afirma que en la casa

²⁸ Traducido de la edición de H. BACHT, en: *Vermächtnis des Ursprungs – Studien zum frühen Mönchtum* I, STGL 5, Würzburg 1972, p. 111 [En castellano: *El libro de nuestro padre san Orsizio*, nº 21, intr., tr., y ns.: M. de ELIZALDE, en: Cuadernos Monásticos nº 4/5 (1967)].

²⁹ Cf. CASIANO, *Inst.* 4,14 (SC 109, 127).

de Dios ocupa el lugar de Cristo³⁰: *Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, según lo que dice el Apóstol: "Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre" (RB 2,2-3)*³¹.

Que el abad sea padre espiritual depende, por otra parte, de su relación con la comunidad. Se presupone que sus miembros poseen el Espíritu de Cristo. Por eso *desean que los gobierne un abad* (RB 5,12). A diferencia del Maestro, Benito se mantiene fiel a sus propósitos cenobíticos, cosa que se percibe cuando en el capítulo 64 prescribe que la elección del abad sea efectuada por la comunidad, siempre y cuando ésta viva en el temor de Dios, se mantenga unida y actúe con sano criterio (64,1). Todo esto Benito no lo plantea como si se tratara de una simple elección democrática, sino que, al menos en el caso ideal, estamos ante el consenso entre personas animadas por el Espíritu de Cristo, que se saben responsables ante Dios, cuya presencia descubren en el monasterio, "su" casa.

Ya mencioné el reproche recibido por sostener que nuestra venerable *Regla* es de evidente relevancia para el mundo actual. En este contexto, recuerdo los apuros por los que tuvieron que pasar, hace unos diez años, los católicos suizos a causa de una elección episcopal. La *sanior pars* del clero de esa diócesis no deseaba tal elección, más bien la temía. En momentos sumamente dolorosos, la Iglesia ganaría muchísimo si se dejara guiar por aquel venerable principio eclesial³² consignado en la *Regla* de san Benito. En aquellas dolorosas circunstancias nuestra *Regla* fue repetidamente citada, y no únicamente por los benedictinos, sino por personas que la consideraban de palpitante actualidad, dado que prevé la participación comunitaria en las decisiones capitulares y, sobre todo, en la elección abacial.

³⁰ Cf. G. HOLZHERR, *Die Bendiktsregel...*, 82 ss.

³¹ La paternidad del abad está basada en la idea de que él revela al Padre, tal como lo hizo Jesús con sus discípulos. Según Juan, Jesús desea que sus discípulos entiendan su unión con el Padre: *el Padre está en mí y yo en el Padre* (Jn 10,38). Le dice a Felipe: *Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre* (14,9).

³² La *Primera carta de Clemente* (aprox. 96 d. C.) apela al principio establecido por los Apóstoles: "la elección de nuevos líderes debe ser el resultado del consenso de toda la iglesia, siendo aprobada por todos" (44,3). La Iglesia primitiva, sobre todo en los casos de votación, se atenía al dicho: "Lo que afecta a todos, debe ser aprobado por todos". Este principio también se encuentra en el nuevo Código de Derecho Canónico, entre las normas para las decisiones/acciones colegiales (CIC can. 119,3; cf. can. 127 par. 2.2; cf. CCEO can. 924,2). El CIC prevé diversas posibilidades, con la finalidad de garantizar una seria participación de los miembros de una diócesis. No es que se ponga en práctica con mucha frecuencia.

En la Iglesia latina los obispos son elegidos por una instancia superior; los procedimientos de la Curia se efectúan, en demasiados casos, sin y hasta contra el consejo de la *pars senior* del clero. Sin duda que sería ventajoso para la Iglesia de nuestro tiempo si se dejara guiar por los venerables principios que quedaron consignados en la *Regla*. Si siguiera las huellas dejadas por Benito no se vería envuelta en peleas electorales, con el concomitante acompañamiento “musical” de los medios de comunicación, sino que se daría una mayor participación al pueblo y al clero en la elección de los obispos. Igualmente, para otras decisiones importantes en la vida de la Iglesia no se debería tener como punto de partida el concepto de una Iglesia asimilada a una pirámide.

La Iglesia como comunidad a la escucha

San Benito reconoce sin ambages la dimensión vertical que descende desde el Padre y el Hijo hacia los creyentes y de manera semejante desde el abad hacia los miembros de la comunidad. En el capítulo sobre la obediencia afirma con fuerza: *el que los oye a ustedes, me oye a mí* (Lc 10,16; RB 5,6). Cristo es el padre y el maestro de la comunidad a través del abad. La preeminencia no está puesta en “mandar”, sino en “escuchar”, tanto que lo repite dos veces. En la obediencia lo que a Benito le importa es que tanto el monje como el abad, escuchen. La visión eclesial de la *Regla* la conduce a emplear otras imágenes en la descripción de una comunidad plasmada por el Evangelio; las nociones de “casa de Dios”, “pastor con su rebaño”, “escuela del servicio del Señor”, “taller” en el que se trabaja “con las herramientas del arte espiritual”, “cuerpo” (literalmente: “*corporación del monasterio*” en RB 61,6) y, al menos implícitamente, “familia”³³. En estas imágenes no está ausente el sentido de orden y autoridad, y sin embargo, la dimensión vertical no queda sobredimensionada. El monasterio no debe convertirse en un cuartel al mando de algún oficial superior, sino reflejar las características que la definen como comunidad eclesial³⁴. Si no perdemos de vista el amplio horizonte de la tradición [eclesial], podremos evitar más de un cortocircuito al referirnos, por ejemplo, a los servicios y ministerios en el seno de la Iglesia. La dimensión cristológica, con su énfasis en la verticalidad, necesita ser complementada con la dimensión pneumatológica; esta última pone de relieve

³³ El abad se presenta como un atento y afectuoso *paterfamilias*. En contraposición al Maestro, Benito prefiere el apelativo de “hermanos” para los monjes, más que el de “discípulos”.

³⁴ El Vaticano II utiliza deliberadamente toda una lista de “modelos” e “imágenes” para describir la Iglesia. Están sacadas de la vida pastoril, campestre, la arquitectura doméstica, como también del matrimonio y la familia. Los libros proféticos del AT ya habían utilizado tales imágenes.

que tanto mujeres como varones son portadores de los dones del Espíritu para edificación de la Iglesia. El *Nuevo Testamento* muestra continuamente a mujeres y varones que participan, con variedad de funciones, en la vida de la comunidad. La Iglesia se sintió capacitada para instituir un nuevo ministerio, como el del diaconado, que llenaba los requerimientos y las necesidades de ese momento (*Hch* 6,1-6).

Benito espera que los monjes no sólo obedezcan al superior, sino que se obedezcan mutuamente. El Maestro, predecesor de Benito, jamás lo habría permitido; por el contrario Benito subraya la influencia del Espíritu Santo sobre la comunidad y sobre cada uno de sus miembros³⁵. Es bueno recordar que el papa Benedicto XVI cita a san Pablo en su encíclica *Deus Caritas est* (nº 10): *Aquel que se une con el Señor, se hace un solo espíritu con él* (*1 Co* 6, 17). Con esta cita queda subrayado cuan íntima se hace nuestra unión con Cristo, al atribuirle rango espiritual. Son aproximadamente diez las ocasiones en las que Benito habla del Espíritu Santo o del carácter espiritual de la vida o del quehacer monástico, ante todo en relación con la paternidad espiritual. Simplemente señalo la problemática actual en torno a la dirección espiritual, que en nuestra *Regla*³⁶ desempeña un rol importante pero que se ha hecho rara en las parroquias. ¿Dónde podrían encontrar los fieles un “padre espiritual”, si los párrocos tienen que ocuparse de toda una serie de poblaciones, dada la falta de sacerdotes?

Ya el Prólogo relaciona la recomendación de escuchar cada día la voz de Dios con aquella exhortación a que *el que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las comunidades* (*RB*, Prol. 9-11; *Ap* 2,7). Creería que esta advertencia es tan importante para nuestra época como lo fue en tiempos de san Benito. Él vivió en una época de cambios radicales, al igual que nosotros, que experimentamos profundos cambios en la sociedad y en los valores de los individuos. Conocimiento, técnica, política, economía, el mundo del trabajo y de la familia, como igualmente la compleja trama de los medios de comunicación individual y de masas, son medios que producen cambios cada vez más acelerados, positivos, negativos y problemáticos, en ocasiones sumamente dañinos. Benito tenía un oído atento para las necesidades de su tiempo, o, mejor dicho, para los deseos del Señor y las inspira-

³⁵ Nos encontramos con idéntico punto de vista teológico en el sexto Prefacio para los domingos: Allí Dios, “*en quien vivimos, nos movemos y existimos*” (*Hch* 17,28), es alabado por su bondad y por el don del Espíritu Santo.

³⁶ Benito continuamente exhorta y advierte al abad para que cuide de cada persona, teniendo en cuenta el carácter de cada uno, haciendo excepciones... Cf. *RB* 2. 25. 32; 27,1-6 (*sempectae*!); 64,7-15.

ciones que el Espíritu le dictaba ante las crisis de aquella época. ¿Cómo reaccionó Benito ante los desafíos de su época? Digamos que con una doble estrategia: profundizando los valores recibidos y abriéndose a las nuevas exigencias y condiciones.

Benito aprecia, junto con la Biblia, a los “Padres”³⁷ de la Iglesia y a los autores monásticos de Oriente y Occidente, buscando inspiración en su sabiduría y experiencia. Los Padres son para él íconos de rectitud en la fe y ejemplo de vida monástica auténtica³⁸. Aquí y allí Benito intentó repristinar, sin mucho éxito, costumbres caídas en desuso³⁹. En todo caso, no era demasiado propenso a hacer innovaciones. Sabía del daño producido por el “espíritu de vanagloria”⁴⁰, de ahí su insistencia: *examinen los espíritus* (RB 58,2).

Arriesgando, hoy, el futuro

El mismo Benito, que se atiene a los principios y aprecia la tradición, prevé un cierto margen de maniobra en el terreno práctico; gracias a lo cual su legislación pudo adaptarse a diversas realidades geográficas e históricas. A diferencia del Maestro, que da instrucciones hasta acerca del perro del monasterio, Benito renuncia a legislar acerca de minucias. Por otra parte, en ciertos aspectos importantes Benito es un auténtico innovador. Para el Oficio divino, que ocupa un lugar de privilegio en su corazón, establece una salmodia más breve respecto a la que estaba en uso, tanto en Lérins como en Roma. Donde las exigencias del trabajo o el bienestar de los monjes lo exigen, es tan libre que no vacila en cambiar el horario de los tiempos de oración. Toma en consideración las dificultades derivadas de guerras o catástrofes o debidas a situaciones de extrema pobreza, exigiéndoles, en este caso, a los monjes, la realización de trabajos en los campos; también en esto se diferencia del Maestro.

³⁷ Cf. RB 9,8; 18,25; 73,2. 4. 5.

³⁸ Cf. C. SCHÜTZ, *Zum geistlichen Profil Benedikts*, en M. PUZICHA, *Kommentar...* (nota 22), 32-36. Cf. igualmente PUZICHA, *Väter' in der Benediktusregel. Berufung auf das ideale und kritische Kontinuität*, en: EuA 83(2007) 17-30 y 178-187.

³⁹ Así, Benito, en el código penitencial de su *Regla*, en el que el sentido común y la delicadeza de sentimientos es obvia, intenta renovar la práctica penitencial de la Iglesia primitiva. Su deseo era el de darle mayor peso, acomodándola a las prácticas monásticas. En tiempos de Benito la así llamada “penitencia pública” era algo arcaico, habiendo caído en desuso. En todo caso, no es mucho lo que queda en pie, en nuestros días, del código penitencial de la *Regla*.

⁴⁰ Cf. RB 38,2; 65,2.

En mi tesis doctoral, que redacté aquí [en San Anselmo]⁴¹, hace ya cincuenta años, traté de demostrar que Benito constituye el punto más alto en el desarrollo de la literatura monástica de su tiempo. Su *Regla* atestigua el estadio más desarrollado de vida monástica. Lo decisivo para él no lo constituye la mirada al pasado sino la apertura hacia el futuro.

Todo esto nos permite constatar que Benito estuvo atento *a lo que el Espíritu dice a las Iglesias*. ¡Es favorable a la *stabilitas*, pero no al inmovilismo! La Iglesia de nuestros tiempos podría aprender de él; aunque efectuó un desarrollo necesario en el último Concilio, sin embargo en el tiempo subsiguiente vuelve a preferir el inmovilismo. Al igual que en los viejos tiempos se acumulan, en los ámbitos más diversos, las escaramuzas provocadas por la vieja guardia, aun en contra de los claros hallazgos en el campo histórico, bíblico o en el de las ciencias naturales⁴². Benito recomienda *estar atento a lo que el Espíritu dice a las Iglesias*. La Iglesia de hoy y del mañana puede sacar provecho de dicho consejo, dado que se ha visto derrotada en tantos combates absurdos, lo cual ha provocado pérdida de credibilidad, fomentando el anticlericalismo, la secularización y un cierto ateísmo práctico. La *Regla* está llena de sabiduría humana y teológica. Si aprendemos a leerla con la clave adecuada, descubriremos que ofrece, también para la Iglesia de nuestros días, estímulos de palpitante actualidad.

KlosterEinsiedeln
CH – 8840 *Einsiedeln*
SUIZA

⁴¹ G. HOLZHERR, *Die Regula Ferioli, das älteste literarische Zeugnis der Benediktinerregel, en: Commentationes in Regulam S. Benedicti*, Studia Anselmiana 42, ed. B. STEIDLE, Roma 1957, pp. 223-229; G. HOLZHERR, *Regula Ferioli, Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte und zur Sinndeutung der Benediktinerregel*, Einsiedeln 1961.

⁴² Recuerdo que todavía diez años después del famoso discurso de Pio XII, en la vigilia de Navidad, acerca de las ventajas de la democracia, en mi facultad de derecho canónico (en Roma) estaba en uso un libro de texto que básicamente rechazaba la democracia, y apenas la toleraba hipotéticamente. Lo mismo ocurría respecto de la libertad religiosa.